

# 1

Laurel estaba delante de la cabaña, observando detenidamente el bosque y con un nudo en la garganta. Estaba ahí fuera, en algún sitio, mirándola. El hecho de que ella todavía no pudiera verlo no significaba nada.

Y no es que Laurel no quisiera verlo. A veces creía que tenía demasiadas ganas de verlo. Tener algo con Tamani sería como meterse en un río revuelto. Si dabas un paso en falso, la corriente te arrastraría y no te soltaría jamás. Había elegido quedarse con David, y seguía creyendo que era lo correcto. Sin embargo, eso no se lo ponía más fácil a la hora de afrontar este nuevo encuentro.

Ni evitaba que le temblaran las manos.

Le había prometido a Tamani que iría a verlo cuando se sacara el carné de conducir. Y, a pesar de que no había concretado demasiado, había dicho en mayo. Y ya era casi finales de junio. Seguro que sabía que lo estaba evitando. Ahora estaría allí, sería el primero en recibirla, y no estaba segura de si estar contenta o asustada. Los sentimientos creaban una embriagadora mezcla que no había sentido jamás, y no sabía si quería volver a sentirla.

Se dio cuenta de que estaba agarrando con fuerza el pequeño anillo que Tamani le había dado el año pasado, el que llevaba colgado del cuello en una cadena. Había intentado

no pensar en él durante los últimos seis meses. «Intentado —se dijo—, y fracasado.» Se obligó a soltar el anillo y se propuso dejar caer los brazos a los lados del cuerpo de forma natural mientras se dirigía hacia el bosque.

En cuanto las sombras de las ramas se apoderaron de ella, algo negro y verde saltó de un árbol y la agarró. Laurel gritó asustada, y luego encantada.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Tamani con la misma media sonrisa cautivadora que la había hechizado desde la primera vez que lo conoció.

De repente, fue como si los últimos seis meses nunca hubieran pasado. Verlo y sentirlo tan cerca derritió cualquier miedo, cualquier pensamiento..., cualquier determinación. Laurel lo rodeó con los brazos y lo abrazó con todas sus fuerzas. No quería soltarlo nunca más.

—Me lo tomaré como un sí —dijo Tamani con la voz ahogada.

Ella se obligó a soltarlo y a retroceder. Era como intentar cambiar de sentido la corriente de un río. Pero, al cabo de unos segundos, consiguió controlarse y decidió quedarse en silencio, embelesada ante él. El mismo pelo largo y negro, la sonrisa fácil y los cautivadores ojos verdes. Enseguida notó cómo una sensación de incomodidad la invadía y deslizó la mirada hacia el suelo, un poco avergonzada por su entusiasta saludo y sin saber demasiado bien qué decir a continuación.

—Esperaba que vinieras antes —dijo Tamani por fin.

Ahora que ya estaba con él, le parecía ridículo haber temido tanto el encuentro. Sin embargo, todavía notaba la fría bola de miedo que se le formaba en el estómago cada vez que pensaba en volver a verlo.

—Lo siento.

—¿Por qué no viniste?

—Tenía miedo —respondió ella, sinceramente.

—¿De mí? —preguntó él con una sonrisa.

—Digamos que sí.

—¿Por qué?

Laurel respiró hondo. Se merecía la verdad.

—Estar aquí contigo es demasiado agradable. No me fío de mí misma.

Tamani sonrió.

—Bueno, imagino que no puedo ofenderme demasiado.

Laurel puso los ojos en blanco. Estaba claro que el tiempo que habían estado separados no había disminuido su actitud bravucona.

—¿Qué tal todo?

—Bien. Perfecto. Todo está perfecto —tartamudeó ella.

Él dudó unos segundos.

—¿Y tus amigos?

—¿Mis amigos? —repitió Laurel—. Se te ve el plumero.

Inconscientemente, Laurel se acarició una pulsera de plata que llevaba en la muñeca. Tamani observó el gesto.

Y luego dio una patada al suelo.

—¿Cómo está David? —preguntó al final.

—Está bien.

—¿Estáis...? —dejó la pregunta en el aire.

—¿Si estamos juntos?

—Sí, eso. —Tamani volvió a fijarse en la elaborada pulsera de plata. La frustración ensombreció su gesto y su mirada ganó ferocidad, pero enseguida la borró con una sonrisa.

La pulsera era un regalo de David. Se la había dado el año pasado justo antes de las Navidades, cuando se convirtieron en pareja de forma oficial. Era una delicada parra de plata con pequeñas flores que florecían alrededor de corazones de cristal. Él no había dicho nada, pero Laurel sospe-

chaba que era para compensar el anillo de hada que llevaba cada día. No era capaz de dejarlo en casa y, fiel a su palabra, cada vez que pensaba en el anillo, pensaba en Tamani. Todavía sentía algo por él. Básicamente, sentimientos contradictorios e inciertos, pero lo bastante intensos como para que se sintiera culpable cada vez que su imaginación viajaba hasta él.

David lo tenía todo. Todo, excepto lo que no tenía, y lo que no tendría nunca. Aunque Tamani tampoco podría ser como David en la vida.

—Sí —respondió, al final.

Él se quedó en silencio.

—Lo necesito, Tam —añadió ella en un tono suave, aunque sin disculparse. No podía... No iba a disculparse por haber elegido a David—. Ya te lo expliqué.

—Claro. —Él le acarició los brazos—. Pero ahora no está aquí.

—Sabes que no podría vivir con eso —se obligó a decir ella, aunque su voz apenas fue un susurro.

Tamani suspiró.

—Imagino que voy a tener que aceptarlo, ¿no?

—A menos que quieras que me quede sola.

Le rodeó los hombros con un brazo en actitud amistosa.

—Jamás querría eso para ti.

Ella lo abrazó con fuerza.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Tamani.

—Por ser como eres.

—Bueno, te aseguro que no voy a rechazar un abrazo —dijo él. Hablaba en tono distendido y bromista, pero la abrazó con el otro brazo con fuerza, casi con desesperación. Sin embargo, antes de que Laurel pudiera soltarse, relajó el brazo y señaló hacia el camino.

—Venga —le dijo—. Por aquí.

A Laurel se le secó la boca. Era la hora.

Se metió la mano en el bolsillo y acarició la nota con mem-  
bretes en relieve por enésima vez. Había aparecido en su al-  
mohada una mañana a principios de mayo, sellada con cera  
y atada con una cinta plateada brillante. El mensaje era bre-  
ve, apenas cuatro líneas, pero lo cambiaba todo.

*Debido a la naturaleza lamentablemente insuficiente de tu  
educación actual, se requiere tu presencia en la Academia de  
Ávalon. Preséntate, por favor, el primer día de verano a media  
mañana en la puerta. Permanecerás en la Academia ocho se-  
manas.*

«Lamentablemente insuficiente.» A su madre no le había  
hecho mucha gracia. Aunque, en los últimos tiempos, a su  
madre no le hacía gracia nada que tuviera que ver con las  
hadas. Tras la revelación inicial de que Laurel era un hada,  
las cosas habían ido sorprendentemente bien. Sus padres  
siempre habían sospechado que su hija adoptiva era dife-  
rente. Y por sorprendente que fuera la realidad, habían acep-  
tado con una facilidad pasmosa que Laurel fuera una susti-  
tuta, una niña hada que habían dejado a su cuidado con el  
fin de heredar una tierra sagrada para las hadas. Al menos  
al principio. La actitud de su padre no había cambiado pero,  
durante los últimos meses, su madre se había mostrado cada  
vez más nerviosa ante la idea de que su hija no era humana.  
Dejó de hablar del tema, y luego incluso se negó a oír hablar  
de ello y, al final, todo estalló el mes pasado cuando Laurel  
recibió la invitación. Bueno, era una citación más que una in-  
vitación. Tras muchas discusiones, y un poco de persuasión  
por parte de su padre, su madre al final aceptó que fuera.  
Como si, de alguna manera, supiera que volvería menos hu-  
mana que cuando se había ido.

Laurel se alegraba mucho de no haberles explicado nada acerca de los troles; de haberlo hecho, dudaba que pudiera estar hoy en el bosque.

—¿Estás lista? —insistió Tamani, que percibió las dudas de su amiga.

«¿Lista?» Laurel no estaba segura de si alguna vez estaría más lista para aquello... o menos.

En silencio, lo siguió a través del bosque mientras las copas de los árboles filtraban la luz del sol y ensombrecían el camino. Aunque el camino apenas podía definirse como tal, sabía adónde llevaba. Enseguida llegarían hasta un pequeño árbol de troncos nudosos, una especie única en aquel paraje, aunque bastante ordinario en su aspecto. A pesar de haber vivido allí doce años y haber recorrido cada palmo de bosque, sólo lo había visto una vez con anterioridad: cuando trajo a Tamani después de la batalla con los troles, herido y casi inconsciente. La última vez había sido testigo de la transformación del árbol y había podido ver, aunque poco, lo que se escondía detrás. Hoy cruzaría la puerta.

Hoy, vería Ávalon con sus propios ojos.

A medida que se iban adentrando en el bosque, otras hadas se les unían y caminaban tras ellos, y Laurel tuvo que hacer un esfuerzo por no girar la cabeza para mirarlas. No sabía si algún día llegaría a acostumbrarse a aquellos preciosos y silenciosos centinelas que nunca le dirigían la palabra y casi nunca la miraban a los ojos. Siempre estaban allí, incluso cuando ella no podía verlos. Ahora lo sabía. Se preguntó cuántos la habrían estado vigilando desde que era pequeña, pero dejó de pensar en ello porque la mortificación era demasiado grande. Que sus padres observaran sus travesuras juveniles era una cosa; que lo hicieran unos centinelas superiores sin nombre era algo muy distinto. Tragó

saliva, se concentró en el camino que tenía delante e intentó pensar en otra cosa.

Llegaron enseguida, tras cruzar una hilera de secoyas que rodeaban, a modo de protección, el antiguo y retorcido árbol. Las hadas formaron medio círculo y, después de un gesto seco de Shar, el líder de los centinelas, Tamani se soltó de la mano de Laurel, que lo tenía agarrado con fuerza, para unirse a los demás. Se quedó en medio de la decena aproximadamente de hadas, aferrada a las asas de la mochila. A medida que los centinelas fueron posando las manos sobre la corteza del árbol, justo donde el tronco se dividía en dos, la respiración se le aceleró. Y entonces el árbol empezó a vibrar mientras la luz del otro lado parecía apoderarse de las ramas.

Laurel quería mantener los ojos abiertos, esta vez, para poder ver toda la transformación. Sin embargo, a pesar de tenerlos entreabiertos con decisión contra el resplandor, un intenso destello la obligó a cerrar los párpados un instante. Cuando volvió a abrirlos, el árbol se había transformado en una puerta con barrotes altos y dorados, decorados con enredaderas llenas de flores moradas. Dos robustos postes sujetaban la puerta al suelo, pero, a excepción de eso, estaba sola en medio del bosque iluminado por los rayos del sol. Laurel soltó un suspiro que no sabía que estaba reteniendo, aunque volvió a contener la respiración cuando la puerta empezó a abrirse hacia fuera.

Una calidez tangible emergió de ella, e incluso desde tres metros, Laurel percibió la aromática esencia de la vida y las plantas que reconoció de tantos años de cuidar el jardín con su madre. Sin embargo, ésta era más intensa; era un perfume puro de calor de verano embotellado. Notó cómo sus pies se ponían en marcha solos y ya casi había cruzado la puerta cuando alguien la sujetó de la mano y la detuvo. Laurel apar-

tó la mirada de la puerta y se sorprendió al comprobar que Tamani había abandonado su puesto en la formación para tomarla de la mano. Una caricia en la otra mano la obligó a volverse otra vez hacia la puerta.

Jamison, el duende de invierno que había conocido el otoño pasado, le levantó la mano y la apoyó en su brazo, como un caballero en una película de época. Sonrió hacia Tamani con amabilidad, aunque lo miró fijamente.

—Gracias por traernos a Laurel, Tam. Yo me encargaré de ella a partir de aquí.

Tamani no la soltó de inmediato.

—Vendré a verte la semana que viene —dijo en voz baja, pero no susurrando.

Los tres se quedaron allí unos segundos, congelados en el tiempo. Aunque luego Jamison levantó la cabeza e hizo un gesto hacia Tamani, que asintió y regresó a su posición en el semicírculo.

Laurel notaba su mirada posada en ella, pero ya estaba volviéndose hacia el resplandeciente brillo que salía de la puerta dorada. La atracción de Ávalon era tan fuerte que ni siquiera tuvo ganas de lamentarse por tener que dejar atrás a Tamani después de un encuentro tan breve. Aunque iría a verla pronto.

Jamison cruzó la puerta dorada y entonces la animó a hacer lo mismo, soltándole la mano que tenía aferrada a su brazo.

—Bienvenida de nuevo, Laurel —dijo, en un tono suave.

Con un nudo en la garganta, ella dio un paso adelante, cruzó el umbral y puso los pies en Ávalon por primera vez. «Bueno, por primera vez no —se recordó—. Nací aquí.»

Por un momento, sólo veía las hojas de un enorme roble y la tierra oscura y blanda a sus pies, bordeada por una hierba de color esmeralda. Jamison la sacó de debajo del manto



de hojas y la luz del sol le iluminó la cara, calentándole las mejillas al instante y obligándola a parpadear.

Estaban en una especie de parque amurallado. Caminos de tierra fértil y oscura serpenteaban entre el verde follaje que trepaba por el muro de piedra. Laurel nunca había visto un muro tan alto; construir algo así sin cemento habría costado décadas de trabajo. El jardín estaba lleno de árboles y las vides se enredaban por los troncos y las ramas. Vio que las vides estaban llenas de flores, aunque se hallaban cerradas por el calor del día.

Se volvió hacia la puerta. Estaba cerrada y, tras los barrotes dorados, sólo veía oscuridad. Estaba en medio del parque, sin sujetarse a nada; se levantaba en la nada y estaba rodeada por veinte centinelas, todas hembras. Laurel ladeó la cabeza. Vio algo raro. Dio un paso adelante y varias lanzas con puntas que parecían hechas de cristal se cruzaron en su camino.

—No pasa nada, Capitán —dijo la voz de Jamison desde detrás de ella—. Puede mirar.

Las lanzas desaparecieron y Laurel avanzó, convencida de que sus ojos la estaban engañando. Pero no, perpendicular a la puerta había otra puerta. Siguió caminando hasta que hubo rodeado cuatro puertas, flanqueadas por los robustos postes que recordaba del otro lado de la puerta. Cada poste estaba unido a dos puertas y todo el conjunto formaba un cuadrado perfecto alrededor de la oscuridad que aparecía tras ellos, a pesar de que, en teoría, habría podido ver a los centinelas que había al otro lado de los barrotes.

—No lo entiendo —dijo Laurel, que se colocó otra vez junto a Jamison.

—Tu puerta no es la única —respondió el duende de invierno con una sonrisa.

Laurel recordó, vagamente, que el otoño pasado Tamani le había hablado de la existencia de cuatro puertas cuando lo había encontrado magullado y herido después de que los troles lo lanzaran al río Chetco.

—Cuatro puertas —repitió en voz baja, arrinconando la parte desagradable del recuerdo.

—A los cuatro rincones de la tierra. Un paso podría llevarte a tu casa, a las montañas de Japón, a las Tierras Altas de Escocia o a la desembocadura del Nilo en Egipto.

—Increíble —dijo Laurel sin apartar la mirada de las puertas. «¿Puertas?»—. Miles de kilómetros a tan sólo un paso.

—Y el lugar más vulnerable de todo Ávalon —admitió Jamison— Ingenioso, ¿verdad? Toda una proeza. Las puertas las construyó el rey Oberon, a expensas de su vida, pero quien las disimuló al otro lado fue la reina Isis; y de eso apenas hace unos cientos de años.

—¿La diosa egipcia? —preguntó Laurel, sin aliento.

—No, llevaba ese nombre en honor a la diosa —respondió Jamison, sonriente—. Por mucho que a nosotros nos gustaría que fuera así, no todas las figuras importantes de la historia humana son hadas. Vamos, mis *Am Fear-faire* se preocuparán si tardamos mucho más.

—¿Tus qué?

Jamison la miró, primero con recelo y luego con cierto aire compungido.

—*Am Fear-faire* —repitió—. Mis guardianes. Siempre me acompañan, al menos, dos.

—¿Por qué?

—Porque soy un duende de invierno. —Jamison avanzó lentamente por el camino de tierra mientras parecía reflexionar sobre cada palabra que salía de su boca—. Nuestros dones son los menos frecuentes entre las hadas, y por

eso nos honran. Sólo nosotros podemos abrir las puertas, y por eso nos protegen. Además, el propio Ávalon es vulnerable a nuestro poder, de modo que nunca debemos correr peligro ante un enemigo. Un gran poder...

—¿Conlleva una gran responsabilidad? —Laurel terminó la frase por él.

Jamison se volvió hacia ella sonriendo.

—¿Quién te lo ha enseñado?

Laurel hizo una pausa, un tanto confundida.

—¿Spiderman? —propuso, sin demasiada convicción.

—Imagino que algunas verdades son realmente universales —se rió Jamison, y su voz resonó entre los altos muros de piedra. Luego recuperó el gesto serio—. Es una frase que las hadas y los duendes de invierno solemos usar con frecuencia. El rey Arturo la pronunció después de comprobar la terrible venganza de los troles en Camelot. Siempre creyó que aquella destrucción fue culpa suya, que podría haberla evitado.

—¿Y habría podido? —preguntó Laurel.

Jamison hizo una señal con la cabeza a dos centinelas que estaban a ambos lados de una enorme puerta de madera que atravesaba el muro.

—Seguramente, no —dijo—. Pero, en cualquier caso, es un buen recordatorio.

Las puertas se abrieron sin hacer ruido y Laurel se quedó con la mente en blanco cuando Jamison y ella dejaron atrás el recinto cerrado y accedieron a lo alto de una colina.

Una belleza verde cubría la colina y hasta donde le llegaba la vista en todas direcciones. Los caminos negros serpenteaban entre grandes masas de árboles, intercaladas con prados floridos y unas cosas de muchos colores que Laurel no sabía identificar; parecían globos gigantes de todos

los colores imaginables, que estaban en el suelo y brillaban como burbujas de jabón. Más abajo, en un círculo que parecía extenderse por toda la base de la colina, vio los tejados de pequeñas casas y distinguió muchas figuras de colores que se movían a su aire y que dedujo que debían de ser hadas.

—Hay... miles —dijo sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

—Por supuesto —respondió Jamison, con la alegría reflejada en la voz—. Casi toda la especie vive aquí. Ahora ya somos más de ochenta mil entre hadas y duendes. —Hizo una pausa—. Seguramente, te parezcan pocas.

—No —respondió Laurel enseguida—. Quiero decir, que sé que hay muchos más humanos, pero... jamás imaginé tantas hadas juntas en un mismo sitio. —Era extraño; aquello la hacía sentirse normal y, al mismo tiempo, muy insignificante. Sí, había conocido a otros duendes, como Jamison, Tamani, Shar y los centinelas que veía de vez en cuando, pero pensar que allí había miles era casi abrumador.

Jamison le colocó la mano en la espalda.

—Otro día tendremos tiempo para conocer Ávalon —dijo con suavidad—. Ahora tengo que llevarte a la Academia.

Laurel lo siguió por el perímetro del muro de piedra. Cuando llegaron al final del mismo, miró hacia lo alto de la colina y tuvo que volver a contener la respiración. A unos trescientos metros de donde estaban, en plena pendiente, apareció una enorme torre, que se levantaba en medio de un inmenso edificio que parecía sacado de *Jane Eyre*. No parecía un castillo, sino una enorme biblioteca, con la forma cuadrada, la piedra gris y el tejado a dos aguas. Las paredes tenían grandes ventanas y las claraboyas brillaban entre las tablillas de pizarra como las distintas caras de un prisma. Todas las paredes estaban llenas de enredaderas, cubiertas

de flores o escondidas detrás de hojas, o bien acogían plantas de todas las variedades.

Las palabras de Jamison respondieron la pregunta que a Laurel le daba miedo hacerle. Señaló la estructura con un brazo mientras decía:

—La Academia de Ávalon.